

EL HACINAMIENTO RESIDENCIAL: IDEOLOGIZACION Y VERDAD DE UN PROBLEMA REAL

Ignacio Martín-Baró

Universidad Centroamericana San Salvador, El Salvador.

RESUMEN

Los problemas de la densidad residencial y del hacinamiento han sido enfocados tanto desde una perspectiva sociológica como psicológica. Tras una breve revisión de los principales modelos teóricos, se propone un nuevo modelo psicosocial que pretende integrar ambas perspectivas, pero desecha el presupuesto homeostático y sitúa los procesos en su contexto histórico. El espacio social es un bien producido y organizado de acuerdo a los intereses dominantes en cada sociedad, y su mala distribución provoca situaciones de alta densidad que pueden ocasionar la vivencia del hacinamiento. El hacinamiento es así definido como una experiencia de escasez espacial causada por la presencia de demasiadas personas en una determinada situación. El modelo se utiliza para el análisis del hacinamiento habitacional y sus posibles consecuencias en 100 familias de los sectores populares de San Salvador, divididas en cinco grupos según el tipo de vivienda. Los resultados muestran que hay una relación directa entre la densidad objetiva (social y espacial) y la experiencia de hacinamiento, pero el carácter negativo del hacinamiento depende también de otros factores, como el tipo de vivienda y la actividad involucrada. Tanto la densidad como el hacinamiento contribuyen a la insatisfacción de las personas con su vivienda y pueden perjudicar ciertos aspectos de su vida familiar. En última instancia, la densidad y el hacinamiento habitacionales constituyen un elemento más de la situación de carencia y marginación que caracteriza a los sectores populares salvadoreños.

DENSIDAD POBLACIONAL Y HACINAMIENTO RESIDENCIAL

El hacinamiento como problema.

La densidad poblacional ha sido considerada siempre como uno de los factores críticos de los procesos sociales y su crecimiento como una condición precipitante de los grandes cambios históricos, ya sea desencadenando movimientos migratorios, ya sea originando gue-

rras en disputa por recursos escasos o revoluciones reclamando una drástica redistribución de los recursos disponibles. Pero su misma importancia como elemento constitutivo de la realidad social ha hecho que la densidad poblacional haya sido ideologizada en beneficio de una u otra concepción del mundo, y utilizada como argumento para avanzar los intereses de las clases dominantes en cada situación. Esta ideologización del problema poblacional se ha dado tanto en el ámbito macrosocial como en el ámbito microsocia.

Que existe un grave problema poblacional a nivel macrosocial es un hecho que a nadie escapa: el crecimiento exponencialmente acelerado de la población mundial pone en cuestión la posibilidad misma de proveer a todos los seres humanos con un mínimo suficiente para su subsistencia y desarrollo en un plazo de tiempo relativamente corto. Sin embargo, con frecuencia el problema ha sido invertido ideológicamente, como si el subdesarrollo de los países del Tercer Mundo fuera consecuencia de su crecimiento poblacional incontrolado, y no más bien el crecimiento consecuencia del subdesarrollo, o uno y otro consecuencia de procesos históricos de dominación y colonialismo internacional.

En el caso de El Salvador, un pequeño país con 21,000 km² de extensión, una población aproximada de cinco millones y una tasa de crecimiento (anterior a la actual guerra civil) de 3.06 % (El Salvador, 1976, pág. 14), la llamada "guerra del fútbol" que mantuvo con Honduras en 1969 fue atribuida a su crecimiento poblacional, como si se tratara de un ejemplo prototípico de la visión neomalthusiana (ver Ehrlich, Ehrlich y Holdren, 1977). Sin embargo, un estudio más cuidadoso probó lo distorsionado de esta visión: el desbordamiento poblacional de los salvadoreños hacia Honduras no había sido desencadenado por la creciente escasez de recursos ante un número mayor de bocas que alimentar, sino ante el progresivo acaparamiento de esos recursos por una minoría (Durham, 1979). Ese mismo acaparamiento opresor está a la raíz de la guerra civil que desde 1981 formalmente asola al país.

En el ámbito microsocia, la densidad poblacional sólo recientemente ha sido vista como un problema, primero por los sociólogos y más tarde por los psicólogos. Sin embargo, una notoria confusión reina en este campo, ya que con frecuencia se usan indistintamente términos que, a pesar de su relación, pueden tener significados muy distintos; por ejemplo, se mezcla el problema demográfico de la "densidad poblacional" con el sociológico de la "densidad residencial" con el etológico de la "territorialidad" con el antropológico del "espacio personal" y con el psicosocia del "hacinamiento". Y, así como el subdesarrollo de países como El Salvador ha sido atribuido a su crecimiento poblacional, el hacinamiento habitacional ha sido considerado parte de esa "cultura de la pobreza" que explicaría el deterioro psíquico de los sectores pobres y culparía a sus actitudes de indolencia y pasividad por la falta de progreso social, haciendo a la víctima responsable de su propia opresión (ver Ryan, 1976). La ideologización de esta hipótesis aparece cuando se considera que la alta densidad residencial ha sido la situación más común de la humanidad a lo largo de los tiempos y a lo ancho de las culturas (Mitchell, 1975), y que los efectos deletéreos del hacinamiento más parecen interesar como justificación al estilo de vida de unos pocos privilegiados (la amplitud espacial sería una condición necesaria a la que todos deben aspirar) que como problema real que deba ser resuelto involucrando a todos en su solución.

El problema poblacional, tanto en el plano macrosocia como microsocia, es particularmente grave en El Salvador, el país más sobrepoblado del continente americano. Si ya antes de la guerra se calculaba que había un déficit habitacional del 48% en el campo y del 53.9% en la ciudad (Salegio, 1978); si el promedio de habitantes por vivienda era de 5.4 personas y de 1.8 personas por habitación (ver El Salvador, 1977, pág. 70; Harth, 1976, págs. 88-89); si el 60.9% de las unidades habitacionales constaban de una sola pieza, y un 23.6% adicional contaba con sólo dos piezas (OEA, 1978, V, 3, pág. 39); las migraciones masivas producidas por la guerra (calculadas entre el 15 y 20% de la población total) así como la destrucción de poblados enteros por efectos del accionar bélico, en particular de

los bombardeos, agravan hasta niveles de verdadera tragedia el problema habitacional de El Salvador.

La perspectiva sociológica

La mayoría de los sociólogos ha considerado el problema de la densidad poblacional como una de las condiciones negativas de la vida urbana sobre los vínculos comunitarios. El presupuesto, ya enunciado por Tönnies (1887/1957) y Durkheim (1893/1967), consiste en que la densidad social, al requerir la diferenciación de las personas, debilitaría los lazos interpersonales y produciría problemas de identidad personal y social en los habitantes de las ciudades. Esta hipótesis fue articulada por Georg Simmel (1905), quien afirmaba que la intensificación de contactos y estímulos en la ciudad era contrarrestada por las personas elevando los umbrales de su sensibilidad social, es decir, aumentando su tendencia al aislamiento para proteger su equilibrio personal. Esta misma hipótesis fue expuesta por Louis Wirth (1938), exponente de la llamada "Escuela de Chicago", según el cual la densidad urbana inducía a la disminución de las relaciones personales, que se volvían anónimas, superficiales y transitorias.

El modelo sociológico postula, por tanto, que la densidad urbana está a las raíces de cierta patología social, en particular de diversas formas de despersonalización o alienación interpersonal, al sobrecargar a los individuos con un exceso de estimulación. Entre los estudios que han tratado de verificar empíricamente esta hipótesis, se encuentra el trabajo clásico de Faris y Dunham (1939), que encontraron una correlación positiva entre las zonas habitacionales más densas (densidad zonal) y las tasas de trastornos psicóticos, y el estudio de Galle, Gove y McPherson (1972), quienes, controlando las variables socioeconómicas y étnicas, hallaron una alta relación entre densidad habitacional (número de personas por habitación) y patologías sociales como el nivel de mortalidad o de delincuencia juvenil.

Tanto los planteamientos teóricos como los resultados empíricos de la perspectiva sociológica son poco convincentes. Mark Baldassare (1975; 1977), por ejemplo, critica los trabajos sociológicos por dejar de lado procesos intermedios entre la densidad y la patología tan críticos como el uso instrumental del espacio o el poder diferencial de las personas para controlarlo. En un amplio estudio sobre la densidad residencial en Estados Unidos, Baldassare (1979) llega a la conclusión de que el poder y el status social median los efectos negativos del hacinamiento residencial y que, en el peor de los casos, los individuos recurren a un aislamiento social selectivo. Ya Mitchell (1971), quien analizó sectores de Hong Kong con muy alta densidad residencial, concluía que esta situación no conducía de por sí a efectos patológicos, Booth (1976) no halló en Toronto relación alguna entre densidad zonal y criminalidad o delincuencia, y Levy y Herzog (1974) incluso encontraron en Holanda una correlación negativa, aunque baja, entre densidad residencial y patología.

De los análisis sociológicos sobre los efectos de la densidad poblacional en las personas se pueden sacar tres conclusiones críticas:

(a) Es necesario distinguir el problema de la densidad del problema urbano en abstracto y remitir en cada caso la densidad poblacional a sus circunstancias históricas concretas; la disponibilidad de espacio con que cuentan las personas para su vida, sobre todo de espacio habitacional, puede ser tan crítica en la ciudad como en el campo, y ello depende fundamentalmente del sistema de distribución de bienes de cada sociedad;

(b) Es necesario diferenciar el concepto de densidad zonal (número de residencias o de habitantes por zona) del de densidad residencial (habitantes por vivienda), así como el concepto de densidad espacial (personas por espacio; por ejemplo, por metro cuadrado) del de densidad social (personas por habitación o pieza). Son todos ellos conceptos que expresan fenómenos relacionados entre sí, pero que no necesariamente forman parte de un mismo problema. Así, por ejemplo, la densidad espacial apunta al problema de la disponibili-

dad de espacio, mientras que la densidad social se fija más en la cantidad de personas con las que hay que interactuar en una situación;

(c) Hay que superar una concepción mecanicista según la cual la existencia de determinadas condiciones objetivas de densidad producirían automáticamente unos efectos psicosociales; cada situación social es elaborada de acuerdo a unos objetivos y normas culturales, que en buena medida dependen del poder y características propias de cada grupo y aún de cada individuo; por ello, los posibles efectos de una situación de densidad objetiva dependerán del sentido que esa situación tenga para las personas involucradas y del manejo que de ella realicen.

La perspectiva psicológica

Con la excepción de los fenómenos sobre el comportamiento de los grupos masivos (ver McDougall, 1920; Freud, 1921/1972) que sólo indirectamente tocaban el problema de la densidad humana como una situación transitoria (Edney, 1977), la psicología no había dedicado mucha atención al problema de la densidad poblacional y sus efectos. Sin embargo, la preocupación contemporánea por la explosión demográfica y el equilibrio ecológico (Bartz, 1970; Wohlwill, 1970), así como el interés despertado por los resultados alarmantes de ciertos experimentos con animales (Calhoun, 1962), desencadenaron una avalancha de estudios psicológicos sobre los efectos de la densidad y el hacinamiento, sobre todo en la década de los setenta.

Se pueden distinguir al menos seis modelos psicológicos que tratan de analizar el fenómeno del hacinamiento: (a) el modelo de la territorialidad; (b) el modelo de la sobreestimación; (c) el modelo de la intensificación; (d) el modelo ecológico; (e) el modelo del control; y (f) el modelo experiencial. Expondremos brevemente cada uno de estos modelos (para un desarrollo mayor, ver Martín-Baró, 1979; ver también diversas revisiones en Altman, 1975; Insel y Lindgren; 1978; Stockdale, 1978; Sundstrom, 1978; Hopstock, Aiello y Baum, 1979; Schmidt y Keating, 1979; Paulus, 1980; Epstein, 1981).

(a) el modelo de la territorialidad ha sido propuesto por John B. Calhoun (1962; 1966; 1971) quien, a partir de un estudio con una población de ratas, hipotetiza que la disponibilidad de espacio determina la cantidad máxima de interacción saludable; una vez superado ese óptimo, todo contacto se vuelve disfuncional y puede precipitar un "derrumbamiento conductual".

Una variable de este modelo espacial lo constituye el estudio de la "proxémica", que analiza "el uso humano del espacio como una forma de elaboración cultural" (Hall, 1966, pág. 1). Quizá la formulación más rica de este modelo haya sido hecha por Irwin Altman (1975; 1978), según el cual el hacinamiento es una experiencia interpersonal que se produce "cuando los mecanismos de privacidad no funcionan adecuadamente y conducen a que una persona o un grupo tengan con los demás más interacción de la deseada" (Altman, 1975, pág. 146). El hacinamiento sería, por tanto, una vivencia de stress precipitada por una serie de factores situacionales (alta densidad, tiempo prolongado, escasez de recursos), cuando el individuo no logra mantener aquel grado de privacidad que considera mínimo. Una sorprendente consecuencia del modelo de Altman es que, aún cuando la densidad constituya uno de los factores situacionales que precipitan la experiencia de hacinamiento, no es un condición suficiente y ni siquiera necesaria, de tal manera que alguien podría experimentar hacinamiento, es decir, lograr menos privacidad de la deseada, incluso en condiciones de baja densidad objetiva.

(b) El modelo de la sobre-estimulación es similar al modelo sociológico ya mencionado. Uno de sus primeros exponentes fue Stanley Milgram (1970), quien mantiene que el exceso de estimulación lleva al individuo a seleccionar aquellos aspectos del medio a los que presta atención y a establecer una serie de filtros de todo tipo para controlar la interacción

social. Como señala Paulus, (1980, pág. 258), "la sobreestimulación puede deberse a la presencia de demasiada gente, a un exceso de interacciones, a una excesiva proximidad con otros y a espacios demasiado pequeños". En todo caso, la defensa frente a la sobre-estimulación social puede conducir a la "apatía" frente a las necesidades de los demás (Latané y Darley, 1976) o a ciertas formas de enajenación social (Zimbardo, 1969).

(c) El modelo de la intensificación ha sido propuesto por Jonathan L. Freedman (1975; 1979), quien retoma la idea básica del fenómeno de la "facilitación social" en los términos de Robert Zajonc (1976; 1980): la densidad simplemente fortalece la respuesta típica o dominante de un individuo a una situación. Por tanto, el que el hacinamiento (que Freedman identifica con densidad espacial) tenga o no efectos negativos en los seres humanos dependerá de otros factores circunstanciales (ver también Baron y Needel, 1980; Freedman, 1980).

(d) El modelo ecológico constituye una aplicación al problema del hacinamiento de la concepción de Roger Barker (1968) sobre la relación entre personal y "marco conductual": cada marco reclama un determinado número de personas que ejecuten sus funciones esenciales y, si el personal es escaso ("undermanning"), tendrá que involucrarse más y asumir más tareas. Allan W. Wicker (1973) ha postulado que una situación de hacinamiento es aquella en que un marco conductual se encuentra saturado de personal ("overmanned"), lo que genera una condición inestable que llevaría a sus participantes a desentenderse e incluso a retirarse psíquica y aún físicamente. El modelo de Wicker tiene la ventaja de centrar su atención en las condiciones concretas de espacio, tiempo y significado social en que se produce el hacinamiento; sin embargo, plantea la densidad en términos sistémicos (relación de personal y funciones necesarias al sistema), lo que lleva a la posibilidad de que se produzca hacinamiento en condiciones de baja densidad objetiva.

(e) El modelo del control plantea el carácter psicológico de la experiencia de hacinamiento en contraposición a la simple situación objetiva de densidad (distinción, como veremos, propuesta originariamente por Stokols). La hipótesis central es que la densidad produce la vivencia de hacinamiento cuando la presencia de otras personas en un espacio y frente a unos recursos restringe u obstaculiza la libertad de elección del individuo (Proshansky, Ittelson y Rivlin, 1976), es decir, su capacidad para mantener control sobre la propia actividad y sus objetivos (Sundstrom, 1975; Rodin, 1976; Stockdale, 1978).

Para Baron y Rodin (1978, pág. 145), el hacinamiento es el proceso por el cual un individuo enfrenta una situación de stress y paga las consecuencias de ese esfuerzo: "se producen los efectos del hacinamiento cuando una alta densidad espacial o social produce una pérdida de control personal sobre (1) la selección de acciones u objetivos de mucha importancia para la persona, (2) los medios por los que se alcanzan, y (3) el logro efectivo de esas opciones apreciadas".

(f) El modelo experiencial de Daniel Stokols (1972a; 1972b; 1976; 1978) se basa en la distinción entre el fenómeno objetivo de la densidad y la experiencia subjetiva del hacinamiento. Mientras la densidad es una medida física que expresa la relación de personas por unidad de espacio, el hacinamiento es una experiencia psíquica, que presupone la densidad como antecedente, pero que tiene una dimensión subjetiva no reductible al dato físico de la densidad. Stokols define el hacinamiento como "un estado motivacional que busca aliviar la restricción o violación percibida del propio espacio aumentando su cantidad o adaptando las variables sociales y personales para minimizar las molestias ocasionadas por la limitación espacial" (Stokols, 1972a, pág. 276).

El modelo de Stokols no sólo distingue entre alta densidad y hacinamiento, sino que mantiene que las consecuencias del hacinamiento dependen del ambiente en que ocurre y de la interferencia que ocasione la falta de espacio (en cuanto percibida). No es lo mismo el hacinamiento que ocurre en un ambiente primario, donde el individuo pasa mucho tiempo, se relaciona en forma personal y sus actividades suelen tener gran importancia, que el hacinamiento que ocurre en un ambiente secundario, donde las relaciones son transitorias, anó-

nimas y sin mayor impacto personal (ver Loo y Ong, 1984). Tampoco es lo mismo una vivencia de hacinamiento que hace al individuo sentirse sin suficiente control sobre su actividad, que aquella que la persona siente que puede manejar (Stokols, 1976).

Son muchos los estudios empíricos realizados durante la década del setenta acerca del hacinamiento, tanto en el laboratorio como en diversos medios (ver, en particular, Edney, 1977; Sundstrom, 1978; Martín-Baró, 1979; Paulus, 1980). Sundstrom (1978, pág. 69) llega a la conclusión de que dos hipótesis sobre el hacinamiento tienen bastante confirmación empírica: (a) que la alta densidad, tanto espacial como social, pueden producir hacinamiento y malestar; y (b) que hay una relación entre alta densidad y patología. Sin embargo, ni siquiera estas dos hipótesis tan elementales han sido plenamente confirmadas, ya que algunos estudios llegan a resultados diferentes. Paulus (1980, pág. 283) es más optimista y considera que los estudios prueban que el hacinamiento "produce reacciones relacionadas con el stress y, en condiciones extremas, pueden llevar a la enfermedad y aun a la muerte". Sin embargo, reconoce que "hacen falta más investigaciones para determinar con mayor precisión los efectos de los diferentes niveles y tipos de hacinamiento en una gran variedad de ambientes vitales".

Hacia una reformulación del problema del hacinamiento.

Las raíces políticas del interés que los psicólogos mostraron por el ^{fenómeno} ~~enfermo~~ de la densidad poblacional han influido decisivamente en la dirección asumida por los estudios sobre el hacinamiento. Tres aspectos merecen una reflexión crítica particular: (a) la conceptualización del espacio; (b) los presupuestos homeostáticos, y (c) la creciente tendencia hacia la subjetivación del proceso de hacinamiento.

(a) Desde el comienzo el hacinamiento ha sido visto como un problema de escasez espacial en lugar de un problema de distribución social del espacio: se ha adoptado la perspectiva cuantitativa de considerar el problema de la alta densidad poblacional en lugar de analizarlo desde la perspectiva cualitativa de unas relaciones sociales que producen un reparto desigual del espacio. Se parte de la escasez espacial o de la alta densidad como datos a priori, ignorando así el contexto social más amplio que genera esas condiciones, es decir, dejando de lado la pregunta básica de por qué y cómo se producen históricamente las situaciones de sobrepoblación, alta densidad y hacinamiento (ver Edney, 1977, pág. 1222). Con pocas excepciones, los estudios psicológicos no han tomado en serio variables históricas como el contexto socioeconómico, la distribución social del poder, las normas culturales, el sentido de las actividades consideradas o las condiciones temporales.

(b) El hacinamiento, en cuanto elemento y síntoma de la sobrepoblación, ha sido considerado intrínsecamente deletéreo, lo que la mayoría de psicólogos ha traducido en términos de stress y ha situado en el marco del modelo homeostático. Por ello el hacinamiento ha sido entendido como un estado motivacional de stress o desequilibrio que requiere algún mecanismo que restablezca el estado "normal" de equilibrio o calma (ver Altman, 1978). Esta perspectiva resulta cuestionable tanto teórica como empíricamente. Desde un punto de vista teórico, el modelo homeostático va ligado a una imagen ideal de un sistema cerrado que en modo alguno se puede aplicar al ser humano y que, en lugar de explicar, a lo más logra describir los fenómenos. Desde un punto de vista empírico, hay suficientes datos como para considerar que el hacinamiento es siempre algo relativo, tanto cuantitativa como cualitativamente, que con frecuencia no produce tensión ni tiene efectos patológicos, y que incluso en ocasiones puede ser una situación deseada y buscada por las personas (piénsese, por ejemplo, en ciertos espectáculos, como un partido de fútbol, o en ciertas diversiones, como ir a una discoteca).

(c) Los psicólogos han tendido cada vez más a considerar el hacinamiento como un problema subjetivo. La distinción establecida por Stokols (1972a) entre alta densidad y hacinamiento constituye un buen aporte teórico siempre y cuando se mantenga la necesaria rela-

ción entre una y otro. Cuando el fenómeno del hacinamiento se reduce a una pura vivencia subjetiva que puede darse casi en cualquier situación, con independencia de las condiciones sociales objetivas, se incurre en un psicologismo y se transforma el importante problema de la distribución social del espacio y cómo afecta esa distribución la vida de las personas, en un problema de percepción subjetiva e ideológica sobre las propias "necesidades" de espacio o privacidad. Esta psicologización de la experiencia de hacinamiento asume como naturales necesidades que son de orden histórico y despoja su vivencia del carácter humano, interpersonal, al reificar al otro como una simple negación de espacio.

Para evitar estos escollos, se hace necesario plantear un modelo sobre el hacinamiento que integre tanto la perspectiva sociológica como la psicológica, pero que devuelva una y otra a la realidad histórica. Un enfoque de este tipo tiene que considerar por lo menos cinco aspectos:

- (a) las estructuras socio-históricas que determinan la distribución del espacio (como de otros recursos y bienes) en una sociedad concreta y al interior de cada grupo social;
- (b) las normas culturales que regulan las actividades diarias en cada grupo, establecen las condiciones mínimas requeridas y determinan u orientan las expectativas individuales;
- (c) la diferencia y relación entre las condiciones objetivas de alta densidad y la experiencia individual de hacinamiento;
- (d) el carácter motivacional del hacinamiento y sus condiciones;
- (e) los efectos inmediatos y mediatos del hacinamiento en el individuo.

A fin de integrar estos aspectos, podemos definir el hacinamiento como aquella experiencia de escasez espacial causada por la presencia de demasiadas personas en una determinada situación. Esta definición contiene tres elementos esenciales: el carácter de experiencia, la escasez espacial y el número de personas en la situación.

Ante todo, se afirma que el hacinamiento es una experiencia psíquica. Yi-Fu Tuan (1977, pág. 8) define la experiencia como "las diversas formas a través de las cuales la persona conoce y construye la realidad". En este sentido, el hacinamiento es algo individual y social: individual, porque cualquier experiencia constituye un proceso subjetivo; social, porque las formas específicas a través de las cuales las personas construyen una realidad no son puramente personales, sino elaboraciones sociales (Berger y Luckmann, 1968).

En segundo lugar, el hacinamiento es una experiencia de escasez espacial. Toda experiencia lo es de algo y el objeto de la experiencia de hacinamiento es la falta de espacio en una situación concreta, configurada por unos determinismos históricos y culturales. Una experiencia subjetiva de escasez espacial, cuando en realidad se dispone de abundante espacio para el propio quehacer, no puede ser llamada propiamente hacinamiento, aun cuando pueda reflejar un sentimiento de falta de privacidad (Altman, 1975) u otro parecido. Es importante además subrayar la concreción situacional de la escasez espacial, ya que la mayoría de las experiencias de hacinamiento ocurren en "microsituaciones" de alta densidad (en el hogar y en el trabajo) que se producen incluso en "macrosituaciones" (el país, la ciudad, la colonia residencial) de baja densidad. La ciudad de San Salvador, por ejemplo, está cruzada por una serie de barrancas donde se enraciman las "champas" (chabolas) miserables de los marginados; varias de estas barrancas cruzan los barrios residenciales más lujosos de la burguesía salvadoreña, con grandes mansiones y amplias avenidas ajardinadas. Ello denota que la microsituación de alta densidad no se debe tanto a una carencia objetiva de espacio urbano residencial cuanto a su desigual distribución social.

Finalmente, el número excesivo de personas constituye el tercer elemento de la presente definición de hacinamiento. El hacinamiento no es sin más una experiencia de carencia espacial, sino sólo aquella experiencia de carencia espacial producida por la presencia de otras personas. El hacinamiento es una experiencia interpersonal. Un preso confinado en una celda aislada puede experimentar la falta de espacio, pero su experiencia no es de haci-

namiento, sino de estrechez, ahogo u otra. Sólo subrayando el aspecto interpersonal del hacinamiento se evita su reificación analítica, y se subraya que el carácter de la misma experiencia dependerá de forma esencial de quiénes sean esos otros presentes en la situación tanto en cuanto personas como por el papel que desempeñen en la actividad o actividades requeridas en esa situación.

A partir de esta definición de hacinamiento, se propone el modelo teórico que se presenta en la Figura 1. Las principales características de este modelo son las siguientes:

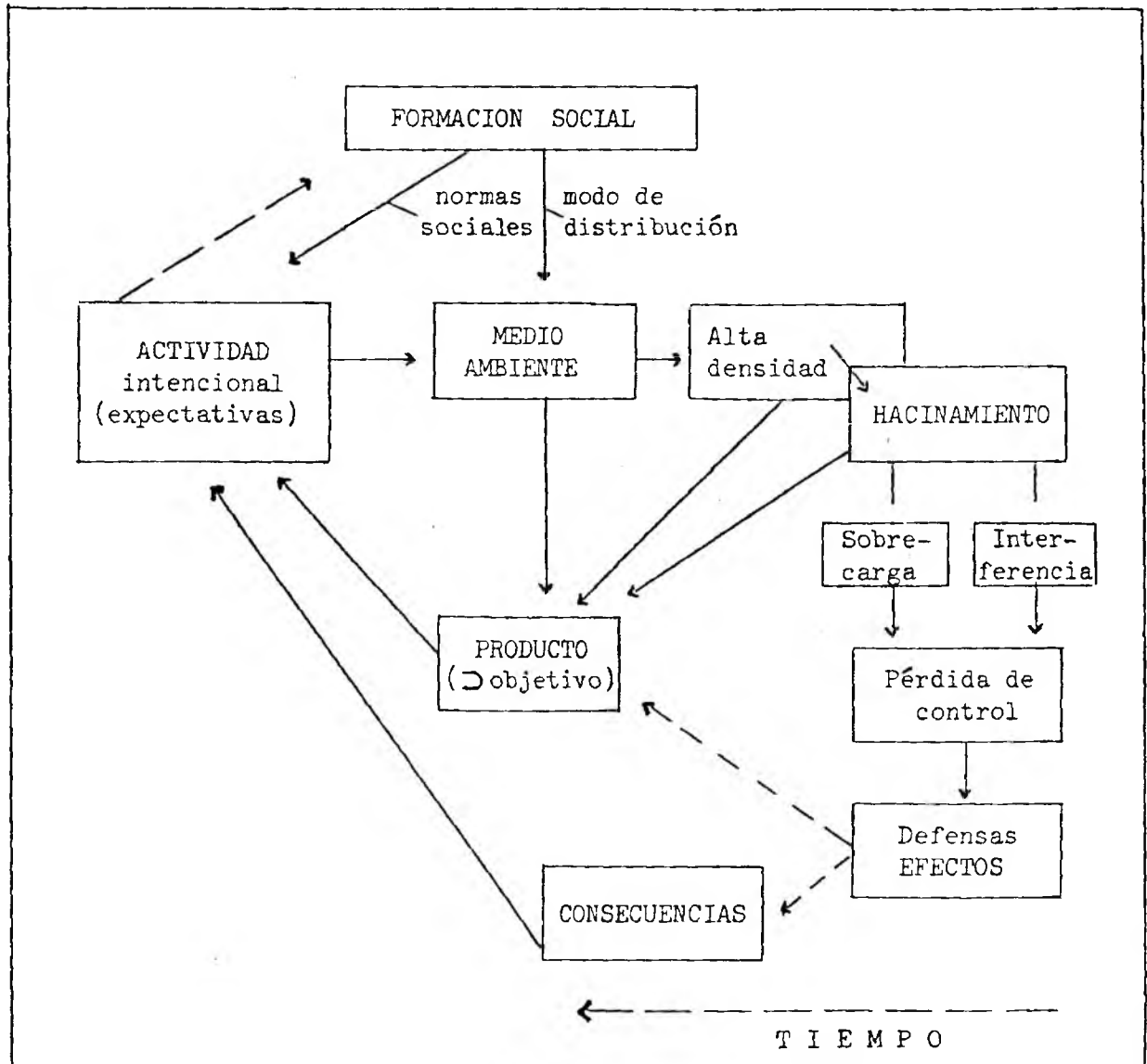


Figura 1. Un modelo psicosocial del hacinamiento.

(1) El nivel de referencia fundamental corresponde al sistema social histórico donde tiene lugar la experiencia de hacinamiento que se desea analizar. Toda formación social incluye un modo dominante de producción, unas estructuras políticas e ideológicas, y las prácticas sociales consecuentes que determinan, en cada circunstancia, el grupo o los grupos involucrados en situaciones de alta densidad. No es lo mismo experimentar condiciones de alta densidad habitacional en una barriada de Chicago, en una antigua "vivienda protegida" de Madrid, en un edificio multifamiliar de Hong Kong o en un mesón de San Salvador, aunque todas estas situaciones se caractericen por una alta densidad residencial.

(2) La formación social condiciona la actividad individual mediante unas normas sociales que se aplican a las principales actividades en cada situación y mediante la distribución de los recursos disponibles, lo que da lugar al medio ambiente en el que se produce la alta densidad. El espacio no es, por tanto, un dato natural o abstracto, sino una construcción social que se caracteriza por sus rasgos físicos, por la propiedad socialmente determinada de sus recursos (o carencia de ellos) y por su organización simbólica (Rapoport, 1977). "El hogar" o "la casa" tienen con frecuencia sentidos muy distintos en diferentes culturas y grupos sociales y, por tanto, son también distintas las condiciones que pueden producir la experiencia de hacinamiento habitacional. A pesar de este énfasis en el condicionamiento social del hacinamiento, el modelo no incurre en un determinismo social, ya que incluye la posibilidad de que la actividad individual influya o altere las normas sociales (aspecto representado en la Figura 1 por la flecha que va de la "actividad intencional" a la "formación social"); con todo, se quiere subrayar que los procesos psicológicos individuales no dan razón suficiente de los procesos de cambio social.

(3) El modelo está centrado en la actividad intencional del individuo, que necesariamente ocurre en un medio ambiente. Desde una perspectiva histórica, la acción humana explica la emergencia y forma de las necesidades, y no al revés (Sève, 1973). Las raíces del ser y quehacer humanos se entienden mejor desde el esquema actividad-necesidad-actividad, que desde la perspectiva homeostática de necesidad-actividad-necesidad. Para el caso, la "necesidad de espacio" no es algo absoluto o previamente determinando que cada individuo tenga que satisfacer, sino que es una función de la actividad humana; por ello, el hacinamiento va vinculado a un quehacer históricamente concreto que es el que plantea unas demandas sobre el medio y sobre los demás (ver Desor, 1972; Proshansky, Ittelson y Rivlin, 1976; Loo, 1977; Loo y Ong, 1984). Ahora bien, las actividades básicas y sus formas aceptables son definidas y reguladas por cada sociedad, por cada clase y aun por cada grupo social, lo que determina las expectativas individuales. Por eso, diferentes grupos pueden exigir distintas condiciones como ideales o mínimas para trabajar, alimentarse, descansar, tener relaciones sexuales, criar a los hijos o divertirse. De ahí que el presente modelo asuma que las personas pueden lograr el producto de su actividad tanto en condiciones de baja densidad como en condiciones de alta densidad sin experimentar hacinamiento (lo que se representa en la Figura 1 con la flechas que van desde el "medio ambiente" y la "alta densidad" hasta el "producto" que resulta de la actividad).

(4) La experiencia de hacinamiento, es decir, la experiencia de encontrarse en una situación donde hay demasiadas personas, no tiene siempre el carácter de stress ni conduce necesariamente a consecuencias patológicas, incluso aunque produzca tensión o stress al individuo. El modelo asume que cuanto más importantes sean las actividades involucradas y cuanto más dure la situación de alta densidad, más significativos pueden ser sus efectos. El punto crítico radica en la conexión entre actividad y densidad: si la actividad requiere la presencia de la gente (una manifestación política, por ejemplo) o puede ser realizada lo mismo en situaciones de alta que de baja densidad (por ejemplo, el transporte público), lo más probable es que la experiencia de hacinamiento no produzca stress ni consecuencias nocivas, independientemente de que sea una experiencia agradable o desagradable. Así, pues, el carácter del hacinamiento radica en la compatibilidad o incompatibilidad de la situación de densidad con la exigencias del quehacer o actividad del caso (ver Rapoport, 1975, pág. 136).

Siguiendo el planteamiento de Baron y Rodin (1977), el presente modelo asume que el hacinamiento supondrá stress cuando la alta densidad impida que los individuos logren aquel control mínimo sobre su ambiente que les permita conseguir los fines pretendidos. Y esta falta de control puede generarse tanto por un recargo de estimulaciones sobre el individuo como por el estorbo que la presencia de los otros ocasione a su actividad. Se subraya la importancia de la dimensión temporal, puesto que el impacto psíquico de una situación transitoria de alta densidad no es el mismo que el de una situación estable, como no es

lo mismo soportar la densidad en un ambiente secundario que en uno primario (Stokols, 1976). Por eso, cabe esperar que las dos situaciones más críticas para el hacinamiento sean aquellas que corresponden a las dos actividades básicas de la vida humana en tiempo, recursos y consecuencias: el trabajo y la casa, la producción y reproducción sociales. La experiencia del hacinamiento tendrá que verse en estas dos situaciones paradigmáticas tal como se concretan en los diferentes grupos e individuos de cada sociedad.

(5) Finalmente, tanto la calidad del producto de la actividad (que puede incluir el objetivo buscado) como los posibles efectos del hacinamiento en la personalidad de los individuos pueden influir en futuras actividades no sólo por la alimentación informativa que confirma o cambia las expectativas, sino también en cuanto producen cambios objetivos en la propia persona y en el medio ambiente.

A fin de verificar en parte el modelo de hacinamiento aquí propuesto, se realizó un estudio de campo con sectores populares que habitan en el área metropolitana de San Salvador. Tres preguntas básicas nos planteamos: (a) ¿Experimentan hacinamiento habitacional estos sectores populares? (b) En caso afirmativo, ¿es sentida esta vivencia como un tipo de stress o de tensión negativa? (c) Finalmente, ¿hay alguna relación entre el sentimiento de hacinamiento habitacional y ciertas formas de enajenación social?

Respecto a la primera pregunta, hipotetizamos que los salvadoreños de clase populares sí experimentarían hacinamiento habitacional en relación con la densidad espacial y social de sus viviendas, aun cuando los niveles de densidad y los umbrales del hacinamiento serían mucho más elevados que los que se conocen en otros grupos y culturas. Respecto a la segunda pregunta, hipotetizamos que la experiencia del hacinamiento sería tanto más negativa cuanto más interfiriera las actividades que las personas consideran importantes. Finalmente, con respecto a la tercera pregunta hipotetizamos que el hacinamiento tendría una repercusión negativa, aunque relativamente pequeña, en ciertos rasgos de enajenación social de las personas.

METODO

El presente estudio es parte de una serie de trabajos sobre problemas habitacionales de los sectores sociales más bajos de El Salvador, que abarca tanto estudios en profundidad (ver Herrera y Martín-Baró, 1978; Martín-Baró, Nota 1) como en extensión (ver UCA, 1976; Martín-Baró y King, Nota 2), y se originó en el deseo de analizar específicamente el fenómeno del hacinamiento. El estudio se limitó al área metropolitana de San Salvador, que en 1979 tenía una población estimada de unos 800.000 habitantes. Se diferenciaron cinco tipos característicos de vivienda popular y se identificaron colonias representativas de cada uno de ellos, que tuvieran adicionalmente una densidad zonal similar. De cada una de esas colonias se seleccionaron casas al azar, hasta llegar a un número de 20 familias por colonia. Sólo se entrevistaron familias que tuvieran hijos entre 8 y 15 años, y en cada caso se realizó una entrevista larga con uno de los padres y una o dos entrevistas cortas con los hijos. Aquí utilizaremos únicamente los datos del grupo de adultos.

Las entrevistas fueron realizadas por trabajadores sociales especialmente entrenados en el trabajo con sectores marginales, surgidos la mayoría de ellos del mismo tipo de población. Para las entrevistas se utilizó un largo cuestionario con 99 ítems, algunos de ellos con dos o más preguntas. El cuestionario se basaba en un formato anteriormente experimentado en estudios similares (UCA, 1976), e incluía una serie de ítems del cuestionario aplicado por Alan Booth (1976) para sus estudios en Toronto, y varias preguntas especialmente ideadas para este estudio. El cuestionario fue previamente probado para verificar su validez formal con 20 familias de los mismos estratos y tipos de vivienda seleccionados; los resultados de estas entrevistas no fueron incluidos en este estudio. El porcentaje de rechazo a la entrevista fue del 6.0%; en general, los entrevistadores fueron bien acogidos y sólo encontraron

cierta reserva respecto a alguna de las preguntas de carácter político. Las entrevistas fueron realizadas en julio de 1979, antes de que se produjera el golpe de estado que desembocó en la actual guerra civil.

Las cinco colonias seleccionadas por su tipo de vivienda característico fueron las siguientes, en orden de mejor a peor:

1. CREDISA: Proyecto habitacional realizado por instituciones privadas con financiamiento estatal (Fondo Social para la Vivienda). Las casas son independientes, de una sola planta, con un promedio de tres habitaciones y media (sin contar el baño o servicio sanitario);
2. IVU: Edificios multifamiliares de cuatro plantas ejecutados por un organismo estatal, el Instituto de Vivienda Urbana. Se trata de apartamentos con casi cuatro habitaciones en promedio;
3. FUNDASAL: Proyecto de vivienda mínima, realizado por una institución privada, la Fundación Salvadoreña de Desarrollo de Vivienda Mínima. Las casas son de una sola planta, independientes, y tienen un promedio de dos habitaciones y media;
4. Mesones: Viejas mansiones, por lo general en las partes centrales de la ciudad, en las que viven varias familias (desde cinco hasta cuarenta o cincuenta, según el tamaño), cada una de las cuales renta una o dos habitaciones y comparte servicios comunes; las piezas están por lo general situadas alrededor de un patio central;
5. Tugurio: Champas o chabolas construidas con maderas, piedras, cartón, láminas o cualquier otro material de desecho, situadas en barrancas o terrenos públicos (por ejemplo, junto a las vías del tren). En promedio tienen un poco menos de dos piezas o habitaciones.

De las personas entrevistadas, 24 fueron hombres y 76 mujeres. Su edad variaba entre 19 y 72 años, aunque el 75% se encontraba entre los 26 y 45 años. En promedio, han completado menos de seis años de escuela, tienen un ingreso familiar de 500 colones al mes (en 1979, aproximadamente 200 dólares) y el tamaño de la familia es de 6.6 miembros (ver Cuadro 1).

Cuadro 1
Valores medios de los indicadores según tipo de vivienda.

Indicadores	Tipo de vivienda					Todos
	CREDI	IVU	FUNDA	MESON	TUGUR	
Edad del entrevistado . . .	34.5	38.8	38.7	35.0	37.1	36.8
Años de escolaridad . . .	8.1	7.4	5.6	4.3	3.3	5.7
Residentes en casa	6.0	6.8	7.7	5.5	7.3	6.6
Ingreso familiar/mes . . .	810.0	680.0	360.0	310.0	340.0	500.0
Percápita mensual	135.0	100.0	46.8	56.4	46.6	75.8
Mts ² techados	73.6	54.0	54.9	30.1	40.3	50.6
Número de habitaciones*	3.4	3.9	2.6	1.6	1.9	2.7
Personas por habitación	1.8	1.8	3.4	3.8	4.6	3.1
Mts ² por persona	13.6	8.5	7.5	6.0	5.8	8.3

* No se incluye el servicio.

- A fin de examinar las hipótesis planteadas, se crearon los siguientes índices:
- Densidad social: Personas por habitación.
 - Densidad espacial: Metros cuadrados por personas.
 - Hacinamiento: Incluye siete preguntas acerca de cómo perciben las personas el tamaño de sus viviendas, si consideran que es suficiente para sus necesidades y cómo se sienten realizando en ella diversas actividades. El índice de hacinamiento está en una escala de 1.0, que expresa un máximo de hacinamiento, hasta 13.0, que indica un mínimo.
 - Satisfacción con la vivienda: Compuesto de tres ítems evaluando la satisfacción general con la vivienda, el deseo de cambiar de casa y el bienestar sentido en ella. La escala va de 0 puntos (máxima insatisfacción) a 8.0 puntos (máxima satisfacción).
 - Satisfacción con la colonia (barrio): Compuesto por once ítems que evalúan la satisfacción del individuo con los servicios disponibles en su colonia (agua, transporte, escuelas, clínicas, etc.). La escala va de 0 puntos (máxima insatisfacción) a 33.0 puntos (máxima satisfacción).
 - Satisfacción con la vida familiar: Contiene cuatro ítems acerca de las relaciones familiares, y la escala va de 0 puntos (máxima insatisfacción) a 12.0 puntos (máxima satisfacción).
 - Participación social: Pertenencia y/o participación del individuo en diversas organizaciones sociales (culturales, religiosas, políticas, etc.). Incluye seis ítems, con una escala que va de un mínimo de participación (0 puntos) a un máximo (12.0 puntos).
 - Conciencia de clase: Conocimiento expreso sobre los problemas personales y sociales, sus raíces, así como el involucramiento activo en su solución. Incluye once ítems y va de un mínimo de conciencia (1.0 puntos) a un máximo (31.0 puntos).

RESULTADOS

El Cuadro 2 presenta los promedios de los índices señalados según colonia o tipo de vivienda (los índices de densidad están en el Cuadro 1). En él se aprecian las notorias diferencias entre los habitantes de las diversas colonias, en particular las diferencias en ingresos y en escolaridad.

Cuadro 2
Valores medios de los índices según tipo de vivienda*

Índices	Escala	Tipo de vivienda					Todos
		CREDI	IVU	FUNDA	MESON	TUGUR	
Hacinamiento . . .	1-13	8.4	8.2	7.8	6.8	7.0	7.7
Satisfacción con la vivienda	0-8	6.5	5.4	6.3	4.3	4.5	5.4
Satisfacción con la colonia	0-33	16.8	22.5	16.1	23.5	21.9	20.1
Satisfacción con la familia	0-12	6.7	6.9	6.6	6.1	6.3	6.6
Participación social	0-12	1.3	1.2	2.4	1.0	1.3	1.4
Conciencia social .	1-31	16.7	15.6	16.7	13.7	13.3	15.1

* Los valores bajos representan el polo negativo de las escalas (más hacinamiento, menos satisfacción, etc.).

Si se divide la población en dos grupos, según la densidad de sus viviendas (utilizando la mediana), y se examinan los promedios del índice de hacinamiento, aparece con claridad la relación entre tipo de vivienda, densidad objetiva y la experiencia de hacinamiento: cuantas más personas haya por habitación o menos metros cuadrados por persona, más experimentan el hacinamiento, aunque los niveles sean distintos según el tipo de colonia (ver Cuadro 3). Esta diferencia es confirmada por un análisis de varianza, utilizando el tipo de vivienda y la densidad como variables "independientes". La F obtenida por el efecto principal de ambas variables es en los dos casos de 2.5, con una probabilidad de ocurrir al azar menor al 4%, aunque no se obtiene ningún efecto de interacción. Estos resultados dan un apoyo moderado a la primera hipótesis acerca de que la experiencia de hacinamiento habitacional está relacionada con la densidad objetiva en la vivienda, pero confirman sobre todo la idea de que la densidad afecta en distinto grado a los habitantes de las diversas colonias. De hecho, se observa una clara diferencia entre los niveles de hacinamiento experimentados en los mejores tipos de vivienda (CREDISA, IVU y FUNDASAL) y los peores (mesones y tugurio). Es, por tanto, el efecto simultáneo de densidad y tipo de vivienda el que mejor da cuenta de la vivienda de hacinamiento.

Cuadro 3

Índice de hacinamiento según tipo de vivienda y densidad*

Densidad	Tipo de vivienda					Todos
	CREDI	IVU	FUNDA	MESON	TUGUR	
Social (Per/Hab.)						
Baja	9.4	8.6	8.4	7.1	7.6	8.4
Alta	7.4	7.9	7.2	6.6	6.3	7.0
Espacial (Mts ² /Per)						
Baja	9.5	8.7	8.3	6.3	7.9	8.4
Alta	7.3	7.8	7.3	7.3	6.4	7.0

* Los valores más bajos indican mayor hacinamiento.

Como ya se ve en el Cuadro 2, los promedios de los índices de satisfacción con la vivienda y con la colonia están algo por encima del valor medio de las escalas (que sería de 4.0 puntos en el caso de la satisfacción con la vivienda, y de 16.5 en el caso de la satisfacción con la colonia), lo que indicaría más satisfacción que insatisfacción. Sin embargo, hay una inversión en el orden de valores entre ambos índices: los más satisfechos en un caso son los menos satisfechos en el otro. Esta inversión pueden deberse a dos razones: (a) los mejores tipos de vivienda (CREDISA y FUNDASAL) corresponden a proyectos recientemente terminados, con lo que los servicios comunales (transporte, escuela, etc.) son todavía muy deficientes; en cambio, los peores tipos de vivienda (mesones y tugurio) se encuentran mejor situados y, por lo general, cuentan con los mínimos servicios comunales. Este razonamiento recibiría confirmación en el hecho de que los habitantes del IVU, un proyecto habitacional relativamente bueno y ya afianzado, muestran satisfacción positiva tanto con la vivienda como con la colonia. (b) Una segunda explicación puede ser el que los habitantes de las mejores viviendas se vuelven más conscientes de las deficiencias en los servicios comunitarios; condiciones aceptables para otras personas resultarían ya inaceptables para ellos (sus expectativas).

Existe una correlación positiva del índice de satisfacción con la vivienda tanto con la densidad social ($r = -.38$; $p < .001$) como con la densidad espacial ($r = .44$; $p < .001$).

Así mismo, el coeficiente de correlación de Pearson entre el sentimiento de hacinamiento y la satisfacción con la vivienda es muy alto: $r = .58$ ($p < .001$); en cambio, la correlación con el índice de satisfacción con la colonia es muy bajo e insignificante. El Cuadro 4 muestra los valores promedios del índice de satisfacción con la vivienda cuando se dividen las personas entre aquellas que experimentan más hacinamiento y aquellas que experimentan menos (el grupo se divide por la mediana del índice de hacinamiento). También en este aspecto se observan diferencias, pero los valores son peculiares a los habitantes de cada colonia. Así, por ejemplo, los que dicen sentirse más hacinados en CREDISA y FUNDASAL tienen en promedio más satisfacción con su vivienda que aquellos que manifiestan sentirse menos hacinados en los mesones, lo que apunta a un distinto carácter de la experiencia de hacinamiento.

Cuadro 4
Satisfacción con la vivienda según tipo de vivienda y grado de hacinamiento*

Hacinamiento	Tipo de vivienda					Todos
	CREDI	IVU	FUNDA	MESON	TUGUR	
Menor	7.4	6.2	7.6	4.7	5.4	6.3
Mayor	5.7	4.4	5.3	3.8	3.6	4.6

* Cuanto más alto el puntaje expresa mayor satisfacción con la vivienda (en una escala de 0 a 8).

A fin de obtener una visión más adecuada sobre los factores que pueden influir en la satisfacción con la propia vivienda, se realizó un análisis de regresión múltiple por pasos. Los resultados se encuentran resumidos en el Cuadro 5. El índice de hacinamiento es la variable que da cuenta de más varianza sobre la satisfacción con la vivienda, y la densidad espacial tiene una pequeña, pero significativa, relación adicional con el índice de satisfacción (relación no "mediada" por la vivencia de hacinamiento). En la ecuación de regresión, queda como mejor predictor la densidad espacial, no la social. Esto significa que es la densidad social la que tiene más relación con la experiencia de hacinamiento, pero que la densidad espacial presenta también una relación directa con la satisfacción con la vivienda. Estas relaciones se visualizan en el análisis de rutas ("path") presentado en la Figura 2.

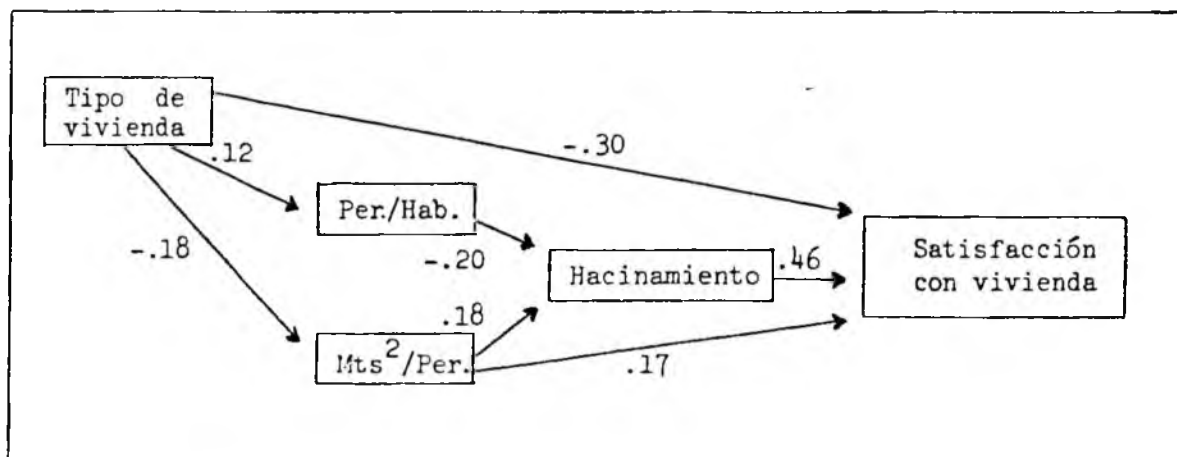


Figura 2. Análisis de rutas sobre el índice de satisfacción con la vivienda.

Cuadro 5
Predictores de la satisfacción con la vivienda

Paso	Predictor	r simple	R múltiple	R cuadrada	Co. re. tipifi.	F (dentro)
1	Hacinamiento58	.58	.338	.47	34.4
2	Tipo de vivienda . . .	-.46	.69	.461	-.27	10.5
3	Densidad espacial44	.70	.485	.20	5.0
4	Ocupación	-.11	.71	.502	-.10	1.8
5	Edad06	.71	.508	.10	1.6
6	Escolaridad26	.71	.511	.09	1.1
7	Ingreso mensual11	.72	.517	-.09	1.1

R² ajustada por g1 = .478

La clara relación entre hacinamiento e insatisfacción con la vivienda puede ser tomada como indicadora de cuándo las personas vivencian el hacinamiento como algo negativo. El modelo postula que su negatividad depende de la importancia de las actividades que impida (por ej., el descanso, la intimidad matrimonial, etc.). De hecho, entre las personas que presentan un alto índice de hacinamiento, aquellas que señalan que la densidad molesta a alguno de los miembros de la familia tienen en promedio un índice de satisfacción con la vivienda significativamente más bajo (4.3) que aquellas que indican que la densidad no molesta a nadie (5.6). La diferencia es particularmente grande cuando se señala a los niños como los más perjudicados por la falta de espacio. Y, como veremos enseguida, aunque los diversos tipos de actividades estorbadas no muestran relación con el índice de satisfacción con la vivienda, sí la muestran con el índice de satisfacción con la vida familiar.

¿Tiene algún impacto la vivencia de hacinamiento en el grado de participación o enajenación social de las personas? Esta pregunta resulta de difícil respuesta, ya que, como puede verse en el Cuadro 2, el nivel promedio de participación social de esta población es mínimo: 1.4 sobre una escala de 0 a 12.0 puntos. El Cuadro 6 presenta un análisis de regresión múltiple sobre el índice de participación social. Los resultados son muy modestos y no permiten concluir que la densidad habitacional y la vivencia de hacinamiento influyan en el aislamiento social de esta población; más bien, las correlaciones simples positivas estarían apuntando en el sentido opuesto al que se suele predecir.

Cuadro 6
Predictores de la participación social

Paso	Predictor	r simple	R múltiple	R cuadrada	Co. re. tipifi.	F (dentro)
1	Densidad Social26	.26	.067	.39	14.2
2	Tipo de vivienda	-.22	.42	.174	-.40	13.0
3	Ocupación	-.25	.45	.204	-.22	5.4
4	Satis. con colonia01	.49	.242	.20	3.4
5	Hacinamiento09	.51	.259	.14	2.2

R² ajustada por g1 = .218

El Cuadro 7 sintetiza un análisis de regresión múltiple por pasos sobre el índice de satisfacción con la vida familiar. Los tres predictores mejores son: el tipo de molestias experimentadas en la vivienda por la falta de espacio, la densidad social y la satisfacción con la colonia. Aunque los resultados obtenidos son también muy discretos, tienden a confirmar el papel que desempeñan las actividades involucradas en la determinación del carácter negativo del hacinamiento. Es la interferencia en sus rutinas hogareñas y no tanto la falta de privacidad lo que más parece molestar a las personas de la estrechez de sus viviendas y lo que más afecta su satisfacción con la vida familiar. Es lógico, entonces, que el segundo predictor sea la densidad social. Posiblemente los efectos más negativos de la densidad habitacional y del hacinamiento se den en el ámbito familiar, que constituye el grupo más importante y quizás el único en el que los individuos de estos sectores sociales tienen una participación continua y activa.

Cuadro 7
Predictores de la satisfacción con la familia

Paso	Predictor	r. simple	R múltiple	R cuadrada	Co. re. tipifi.	F (dentro)
1	Tipo de molestias en la vivienda	-.31	.31	.098	-.36	6.7
2	Densidad social	-.26	.36	.132	-.26	4.3
3	Satis. con colonia13	.41	.170	.25	5.0
4	Conciencia de clase19	.45	.199	.19	2.8
5	Edad15	.48	.226	.15	2.0
6	Hacinamiento19	.49	.241	-.17	1.2

R^2 ajustada por $g_1 = .170$

ANÁLISIS

Ante todo, hay que subrayar las condiciones de alta densidad habitacional en que vive la gran mayoría de salvadoreños de los sectores sociales bajos. Si asumiéramos el criterio norteamericano de que una vivienda con una persona por habitación se encuentra en una situación de alta densidad (U. S. Bureau of Census, 1976; Baldassare, 1979), apenas el 4% de las familias examinadas vivirían en condiciones aceptables. Y no es que los salvadoreños sean inconscientes respecto a la precariedad de su situación: 61% de los entrevistados indicaron que su casa era pequeña o muy pequeña y 66% señalaron que la sentían insuficiente para las necesidades de su familia. Sin embargo, apenas un 44% presentan fuertes sentimientos de hacinamiento habitacional, mientras que un 28% indican que no se sienten hacinados. Estos sentimientos están en función directa de la densidad objetiva de su vivienda, tanto social como espacial. Pero todo ello nos lleva a la conclusión de que no hay un umbral absoluto o universal de densidad habitacional más allá del cual las personas se sientan hacinadas.

La vivencia de hacinamiento se basa en la densidad objetiva, pero se elabora en forma peculiar a los grupos y culturas. Esto aparece con claridad cuando se observa que, manteniendo constante la densidad, los niveles de hacinamiento experimentados por las personas de cada tipo de colonia son distintos, lo que apunta al papel crítico de otros factores socioeconómicos. En otras palabras, la vivencia del hacinamiento no es comprensible mientras no se sitúa a la persona en un contexto social concreto, que determina sus expectativas y sus grupos de referencia. Con criterios norteamericanos, por ejemplo, resultaría incomprensible

que 31.2% de individuos, que viven en viviendas con 2.6 o más personas por habitación, indiquen que no se sienten muy hacinados en su hogar.

La "necesidad de espacio" no es, por tanto, algo universal o abstracto, sino un producto que se elabora históricamente en cada sociedad. La mayoría de salvadoreños ha nacido y crecido en condiciones de extrema pobreza, y el espacio habitacional es uno de los bienes más escasos y peor distribuidos en el país. De hecho, la carencia de espacio habitacional y, por consiguiente, la alta densidad en las viviendas no es sino una más de las condiciones sociales de despojo y miseria a que es sometida la mayor parte del pueblo salvadoreño.

A juzgar por los índices sobre satisfacción habitacional obtenidos en este estudio, los salvadoreños de clase baja no se sienten demasiado afectados por la precariedad de sus viviendas. Sin embargo, tanto la situación objetiva de alta densidad como la vivencia subjetiva de hacinamiento llevan a una disminución significativa de la satisfacción con su vivienda. El hacinamiento se suele sentir con más intensidad cuando afecta el quehacer de los niños, es decir, cuando los niños se vuelven un problema en la vivienda por la falta de espacio. En este sentido, parece que el carácter de stress del hacinamiento está más relacionado con la interferencia a las rutinas hogareñas que con la carencia de privacidad. Pero ello pone de manifiesto la naturaleza interpersonal del hacinamiento: la identidad de las otras personas presentes en la situación es un elemento crucial en la determinación de la vivencia y de las reacciones del individuo ante la alta densidad. Así pues, nuestros datos parecen confirmar la idea de que la experiencia de hacinamiento no es siempre negativa, sino que depende de cómo se maneje o qué interferencias ocasione.

La población examinada se encuentra casi totalmente marginada de una participación significativa en las estructuras y organizaciones sociales existentes. El grupo más organizado en promedio, que es el de los habitantes de FUNDASAL, apenas participa en una organización, por lo general religiosa o comunal. Frente a este dato abrumador resulta casi sarcástico preguntarse si el hacinamiento tiene algún impacto alienador. De hecho, la relación entre densidad social y participación es contraria a la esperada. Son por tanto otros los factores los que dan razón del aislamiento social de estos sectores. Tratar de vincular causalmente la densidad habitacional con la falta de participación social de las personas es un artificio ideológico que lleva a ignorar aquellas condiciones macrosociales responsables de la carencia habitacional y de todas aquellas otras carencias propias de la marginación.

Es posible, en cambio, que sí haya una relación directa entre alta densidad habitacional y satisfacción con la vida familiar, mediada por la interferencia a las rutinas caseras. Los lazos familiares son esenciales en el mundo de las clases marginadas salvadoreñas (ver Montes, 1979). Por ello, el posible impacto negativo de la densidad y hacinamiento, aunque no sea muy grande, resulta importante; al forzar condiciones habitacionales tan miserables, el orden social salvadoreño está deteriorando directamente el único ámbito vital en el que los pobres se encuentran totalmente integrados: su familia.

No se puede pretender que el presente estudio confirme en su totalidad el modelo propuesto para analizar el hacinamiento. Sin embargo, sí muestra que aislar el hacinamiento como vivencia de la condición objetiva de densidad, o abstraer esa condición habitacional de su contexto histórico, conducen a una perspectiva ideologizada sobre el problema, que ignora los determinantes últimos del proceso. El hacinamiento puede ser una experiencia negativa, y de hecho con frecuencia lo es; pero es una vivencia vinculada a la falta de vivienda adecuada, síntoma y efecto de las condiciones de miseria y opresión que enfrenta la mayor parte del pueblo salvadoreño y que están a la raíz de la actual guerra civil. Por ello, la solución a los problemas de densidad y hacinamiento no pueden pensarse en términos individuales, de aquellos afectados hoy por la densidad habitacional; dada la escasez objetiva de un país como El Salvador, aumentar el espacio habitacional de unos requerirá disminuirlo a otros, es decir, llegar a una justa redistribución. Por ello, si hay que buscar que el salvadoreño pobre pueda disponer de una vivienda más espaciosa, habrá que ayudar al

salvadoreño rico a que aprenda a vivir con menos espacio y a manejar adecuadamente un grado mayor de densidad y de hacinamiento habitacional.

NOTAS

(1) Martín Baró, Ignacio. *Crowding in Salvadorean mesones*. Manuscrito inédito. Noviembre de 1978.

(2) Martín Baró, Ignacio y King, Carlos L. *Informes sobre la población de solicitantes al proyecto «Popotlán» de la Fundación Salvadoreña de Desarrollo y Vivienda Mínima*. Primer Informe: Condiciones objetivas. San Salvador, julio de 1984. Segundo Informe: Condiciones subjetivas. San Salvador, agosto de 1984.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Altman, I. *The environment and social behavior. Privacy, personal space, territory, crowding*. Monterrey, Cal: Brooks/Cole, 1975.
- Altman, I. Crowding: Historical and contemporary trends in crowding research. En A. Baum y Y.M. Epstein (Eds.), *Human response to crowding*. Hillsdale, N.J.: Lawrence Erlbaum, 1978.
- Baldassare, M. Residential density, local ties and neighborhood attitudes: Are the findings of micro-studies generalizable to urban areas? *Sociological Symposium*, 1975, 14, 93-102.
- Baldassare, M. Residential density, household crowding, and social networks. En C.S. Fischer, R.M. Jackson, C.A. Stueve, K. Gerson, L.M. Jones y M. Baldassare, *Networks and places. Social relations in the urban setting*. New York: Free Press, 1977.
- Baldassare, M. *Residential crowding in urban America*. Berkeley: University of California Press, 1979.
- Barker, R. *Ecological psychology*. Stanford, Ca.: Stanford University Press, 1968.
- Baron, R. y Needel, S. Toward an understanding of the differences in the responses of humans and other animals to density. *Psychological Review*, 1980, 87, 320-326.
- Baron, R. y Rodin, J. Personal control as a mediator of crowding. En A. Baum, J.E. Singer, y S. Valins (Eds.), *Advances in environmental psychology*. Vol. 1: *The urban environment*. Hillsdale, N.J.: Lawrence Erlbaum, 1978.
- Bartz, W. While psychologists doze on. *American Psychologist*, 1970, 25, 500-503.
- Berger, P. y Luckmann, T. *La construcción social de la realidad*. (Traducción de Silvia Zuleta). Buenos Aires: Amorrortu, 1968.
- Booth, A. *Urban crowding and its consequences*. New York: Praeger, 1976.
- Calhoun, J. Population density and social pathology. *Scientific American*. 1962, 206, 139-148.
- Calhoun, J. The role of space in animal sociology. *Journal of Social Issues*. 1966, 22, 46-58.
- Calhoun, J. Space and strategy of life. En A.H. Esser (Ed.), *Behavior and environment: The use of space by animals and men*. New York: Plenum, 1971.
- Desor, J. Toward a psychological theory of crowding. *Journal of Personality and Social Psychology*. 1972, 21, 79-83.
- Durham, W. *Sarcacity and survival in Central America. Ecological origins of the Soccer War*. Stanford, Ca.: Stanford University Press, 1979.
- Durkheim, E. *De la división del trabajo social*. Buenos Aires: Schapire, 1967 (originalmente publicado en 1893).
- Edney, J. Theories of human crowding: A review. *Environment and Planning*. 1977, 9, 1211-1232.
- Ehrlich, P., Ehrlich, A.H. y Holdren, J.P. *Ecoscience: Population, resources and environment*. San Francisco, Ca., 1977.

- El Salvador, Ministerio de Planificación y Coordinación del Desarrollo Económico y Social. *Índices económicos y sociales. Julio-Diciembre, 1975*. San Salvador, 1976.
- El Salvador, Dirección General de Estadísticas y Censos. *El Salvador en cifras, 1977*. San Salvador, 1977.
- Epstein, Y. Crowding stress and human behavior. *Journal of Social Issues*. 1981, 37, 126-144
- Faris, R.E. y Dunham, H.W. *Mental disorders in urban areas*. Chicago: The University of Chicago Press, 1939.
- Freedman, J. *Crowding and behavior*. San Francisco, Ca.: W.H. Freeman, 1975.
- Freedman, J. Reconciling apparent differences between responses of human and other animals to crowding. *Psychological Review*, 1979, 86, 80-85.
- Freedman, J. Responses of humans and other animals to variations in density. *Psychological Review*. 1980, 87, 327-328.
- Freud, S. *Psicología de las masas*. (Traducción de Luis López Ballesteros) Madrid: Alianza Editorial, 1972. (Originalmente publicado en 1921).
- Galle, O.; Gove, W.R.; y McPherson, J. Population density and pathology: What are the relations for man? *Science*, 1972, 176, 23-30.
- Hall, E. *The hidden dimension*. Garden City, J.J.: Doubleday, 1966.
- Harth, A. y otros. *La vivienda popular urbana en El Salvador*. 4 volúmenes. San Salvador: Fundación Salvadoreña de Desarrollo y Vivienda Mínima, 1976.
- Herrera Morán, A. y Martín Baró, I. Ley y orden en la vida del mesón. *Estudios Centroamericanos*, 1978, 360, 803-828.
- Hopstock, P.; Aiello, J., y Baum, A. Residential crowding research. En J.R. Aiello y A. Baum (Eds.) *Residential crowding and design*. New York: Plenum, 1979.
- Insel, P. y Lindgren, H. *Too close for comfort. The psychology of crowding*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice Hall, 1978.
- Latané, B. y Darley, J. La apatía del «espectador». En I. Martín Baró (Comp.), *Problemas de psicología social en América Latina*. San Salvador: UCA/Editores, 1976.
- Levy, L. y Herzog, A.N. Effects of population density and crowding on health social adaptation in the Netherlands. *Journal of Health and Social Behavior*. 1974, 15, 228-240.
- Loo, C. Beyond the effect of crowding: Situational and individual differences. En D. Stokols (Ed.), *Perspectives on environment and behavior. Theory, research, and applications*. New York: Plenum, 1977.
- Martín Baró, I. *Household density and crowding in lower class Salvadorans*. Ph. D. dissertation. Chicago: The University of Chicago, november, 1979.
- McDougall, W. *The group mind*. New York: G.P. Putnam, Sons, 1920.
- Milgram, S. The experience of living in cities. *Science*, 1970, 167, 1461-1468.
- Mitchell, R. Some social implications of high density housing. *American Sociological Review*. 1971, 36, 18-29.
- Mitchell, R. Ethnographic and historical perspectives on relationships between physical and socio-spatial environments. *Sociological Symposium*, 1975, 14, 25-40.
- Montes, S. *El compadrazgo. Una estructura de poder en El Salvador*. San Salvador: UCA/Editores, 1979.
- Organización de los Estados Americanos (O.E.A.), Instituto Interamericano de Estadística. *América en cifras, 1977*. Washington, D.C.: Secretaría General de la O.E.A., 1978.
- Paulus, P. Crowding. En P.B. Paulus (Ed), *Psychology of group influence*. Hillsdale, N.J.: Lawrence Erlbaum, 1980.
- Proshansky, H.; Ittelson, W. y Rivlin, L. Freedom of choice and behavior in a physical setting. En H. M. Proshansky, W.H. Ittelson y L.G. Rivlin (Eds.), *Environmental psychology. People and their physical settings*. (2a. Ed.) New York: Holt, Rinehart and Winston, 1976.
- Rapoport, A. Toward a redefinition of density. *Environment and Behavior*. 1975, 7, 133-158.

- Rapoport, A. *Humans aspects of urban form. Towards a man environment approach to urban form and design*. Oxford: Pergamon Press, 1977.
- Rodin, J. Crowding, perceived choice, and response to controllable and uncontrollable outcomes. *Journal of Experimental Social Psychology*, 1976, 12, 564-578.
- Ryan, W. *Blaming the victim*. New York: Random House, 1976.
- Salegio, O. *La vivienda rural en El Salvador*. Ponencia presentada en el IV Congreso Nacional de Ingeniería. San Salvador, 16 de agosto de 1978.
- Schmidt, D. y Keating, J. Human crowding and personal control: An integration of the research. *Psychological Bulletin*, 1979, 86, 680-700.
- Sève, L. *Marxismo y teoría de la personalidad*. (Traducción de María Ana Payró). Buenos Aires: Amorrortu, 1973.
- Simmel, G. The metropolis and mental life. En K.H. Wolff (Ed.), *The sociology of Georg Simmel*. New York: Free Press, 1964. (Originalmente publicado en 1905).
- Stockdale, J. Crowding: Determinants and effects. En L. Berkowitz (Ed.) *Advances in experimental social psychology*. Vol. 11. New York: Academic Press, 1978.
- Stokols, D. On the distinction between density and crowding: Some implications for future research. *Psychological Review*, 1972, 79, 275-277. (a)
- Stokols, D. A social psychological model of human crowding phenomena. *Journal of the American Institute of Planners*, 1972, 38, 72-84. (b)
- Stokols, D. The experience of crowding in primary and secondary environments. *Environment and Behavior*, 1976, 8, 49-86.
- Stokols, D. A typology of crowding experiences. En A. Baum y Y.M. Epstein (Eds.) *Human response to crowding*. Hillsdale, N.J.: Lawrence Erlbaum, 1978.
- Sundstrom, E. Toward an interpersonal model of crowding. *Sociological Symposium*, 1975, 14, 128-144.
- Sundstrom, E. Crowding as a sequential process: Review of research on the effects of population density on humans. En A. Baum y Y.M. Epstein (Eds.) *Human response to crowding*. Hillsdale, N.J.: Lawrence Erlbaum, 1978.
- Tönnies, F. *Community and society*. (Traducción al inglés de C.P. Loomis). New York: Harper, 1957 (originalmente publicado en 1887).
- Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA). *Informe final*. Investigación evaluativa de los programas habitacionales y de desarrollo de la Fundación Salvadoreña de Desarrollo y Vivienda Mínima. San Salvador, 1976. (Mimeo.)
- U.S. Bureau of Census. *Annual Housing Survey*, 1974. Part A: *General Housing Characteristics*. Washington, D.C.: Government Printing Office, 1976.
- Wicker, A. Undermanning theory and research: Implications for the study of psychological and behavioral effects of excess human populations. *Representative Research in Social Psychology*, 1973, 4, 185-206.
- Wirth, L. Urbanism as a way of life. *The American Journal of Sociology*. 1938, 44, 1-24.
- Wohlwill, J. The emerging discipline of environmental psychology. *American Psychologist*, 1970, 25, 303-312.
- Yi-Fu Tuan. *Space and place. The perspective of experience*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1977.
- Zajonc, R. Facilitación social. En D. Cartwright y A. Zander (Eds.), *Dinámica de grupos. Investigación y teoría*. (Traducción de Federico Patán). México: Trillas, 1971. (Originalmente publicado en 1965).
- Zajonc, R. Compresence. En P.B. Paulus (Ed.), *Psychology of group influence*. Hillsdale, N.J.: Lawrence Erlbaum, 1980.
- Zimbardo, P. The human choice: Individuation, reason and order as deindividuation, impulse and chaos. En W.J. Arnold y D. Levine (Eds.), *Nebraska Symposium on motivation*. (Vol. 17) Lincoln: University of Nebraska Press, 1969.